

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES



Tomo XXIX

Año 2021

Manuel Terrón Albarrán

In memoriam

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ

El día 22 de febrero del año 1981 debió ser para Manuel Terrón uno de los más felices de su andadura de sólido intelectual que siempre fue, pues en el marco del Real Monasterio de Guadalupe, seña fundamental de nuestra tierra, leía su discurso de ingreso en la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes. Con ello concluía un proyecto bien acariciado por muchos, pero especialmente por él, desde los finales de los años cuarenta del pasado siglo que cristalizó el 29 de diciembre de 1979 en la reunión celebrada en Trujillo que determinaba la creación de la Junta Gestora o Preparatoria de la futura Academia, con la presencia del propio Terrón y de nuestro recordado compañero Antonio Rubio Rojas. La designación de Presidente, Secretario

y Tesorero, en las personas del Marqués de Sieteiglesias, de don Antonio Hernández Gil y de don Xavier de Salas Bosch, fue requisito fundamental para iniciar su puesta en marcha.

En dicho discurso, con la reconocida excelencia de su prosa, se refirió al solar agreste de su amada Extremadura a través de su pasión de montero, una verdadera lección sobre nuestra geografía regional. Terrón, tanto en esta ocasión como en otras, siempre consideró a Extremadura como “un continente en miniatura”, pues en nuestro espacio vital se daban los caracteres de las cuatro estaciones del año, desde las cumbres níveas de Gredos, “*el frío altar de Gredos*”, como él lo definió, al límite ecuatorial de la fauna africana en las márgenes del Ardila. Al tiempo, se complacía al evocar esas grandes llanuras, bien reflejadas por Adelardo Covarsí, por las que discurrieron, atronando el espacio con el ruido de sus carros, aquellos guerreros que aparecen representados en las estelas del Bronce Final.

Y no faltó su referencia al tótem de Extremadura, a la encina, señora de la dehesa, “*la encina, diría, es la síntesis universal de nuestros valores estéticos*”.

Y fue un discurso en el que pretendió, ¡y vaya que lo consiguió!, “*perfilar el panorama paisajístico que nuestra región ofrece, diseñando, casi a vuela pluma, los bellos y factores estéticos de su entorno. He meditado en esa parcela la Extremadura selvática que la montería resume*”.

Y Manolo Terrón fue un singular badajocense y ejerció de tal. Su pasión por la ciudad que le vio nacer, un día del año 1926, se percibe a lo largo de su vida y de su obra. Se recreaba contemplando los paisajes que ofrecía la ciudad de los Aftásidas, los

hitos de su historia, sus acontecimientos que nos explicaba a un grupo de amigos desde esa atalaya privilegiada, el Jardín de “La Galera”, entonces bajo la tutela del Museo Arqueológico Provincial. Como también, en los deliciosos artículos editados en la *Revista Alminar* e ilustrados con sus excelentes fotografías, mostraba su complacencia ante la aparición, como verdaderos pregoneros de la incipiente primavera, de los lirios que nacían en las márgenes del Guadiana, en las inmediaciones del Fuerte de San Cristóbal.

Se ha dicho en alguna ocasión que Manuel Terrón era un hombre poliédrico, y es verdad. No se le puede definir de una sola manera, como abogado, historiador, científico, pensador, erudito, cazador, pescador de excelencia. Era todo eso y algo más: era una excelente persona, siempre generoso, y de ello pueden hablar los que se beneficiaron de sus saberes, con sentido del humor y de la crítica cuando era menester. Tenía cierta fama, infundada por cierto, de cierta altivez. Ese carácter, que a veces mostraba, no era otra cosa que una protección de su reconocida timidez.

Como jurista de prestigio, como se le reconoció por el Colegio de Abogados de Badajoz que le otorgó su Medalla de Oro, alcanzó grandes éxitos en su andadura profesional. No podemos olvidar en esta materia sus acertados artículos sobre el Fuero de Baylio.

Siempre militó en la cultura extremeña como impulsor de numerosas iniciativas en unión de otros recordados amigos: Pe-draja, Solís, Tejada, Cienfuegos, Cansinos, Delgado Valhondo a los que yo frecuentaba en mi etapa de responsable del Museo

Arqueológico de Badajoz. Ellos y otros dinamizaron la vida cultural de la ciudad.

Fruto de esas inquietudes culturales fue la potenciación de los Congresos de Estudios Extremeños de los que Terrón fue designado secretario en una labor impagable con ayuda de dos personas bien recordadas, Enrique Segura Otaño y María Burrelier. Fueron encuentros del más alto nivel con ponentes del mayor prestigio y con actuaciones que evocaban hechos significativos de nuestra historia como el de la conmemoración de la Batalla del Albuera, sostenida entre los partidarios de la Reina Isabel y los de la pretendiente doña Juana en los alrededores de Mérida y que se libró el 24 de febrero de 1479, el día en que *“ciertos fueron los toros”* por la llegada de las tropas portuguesas como le refirió al Maestre Cárdenas el vigía apostado en la Sierra de Carija y del que surgió el proyecto, que realizó con mi padre, de levantar un monolito en el teatro de las operaciones, que unos vándalos llegaron casi a destruir.

Otra iniciativa de la mayor importancia fue la de la creación de la Institución Cultural “Pedro de Valencia, bajo los auspicios de la Excma. Diputación Provincial de Badajoz, entonces tutelada por buenos valedores de la cultura como lo fueron Luciano Pérez de Acevedo y Julio Cienfuegos. Con su constitución se conseguía coordinar una buena parte de los esfuerzos e iniciativas culturales de la provincia en todas sus ramas. Sería Manuel Terrón el designado para velar por su andadura como secretario de la misma. La labor de la Institución fue, en verdad, encomiable y la presencia de nuestra realidad cultural se hizo presente en muchos escenarios tanto de ámbito nacional como interna-

cional con aquellas embajadas culturales que se desarrollaron en Hispanoamérica o en otros países como Egipto.

Fueron numerosas las ediciones que con el impulso de Terrón vieron la luz, recuperándose manuscritos no editados con anterioridad y ediciones facsimilares de nuestras más significativas obras, el celebrado *Carlo famoso*, con su propia introducción y apéndices, entre ellas. Además, desde la Institución se apoyó el programa de excavaciones que se realizaban en la provincia, así como la organización de congresos y reuniones científicas. El afán de divulgación de nuestros valores dio paso a diversas campañas que se llevaron a cabo en el marco de la sociedad extremeña, fundamentalmente en colegios y centros de enseñanza. La revista *Alminar*, de aparición mensual y distribuida por el diario HOY, fue muy bien acogida al contar con colaboraciones tanto de los consejeros como de reconocidos eruditos que supieron divulgar nuestra historia y nuestras costumbres.

Lástima que, una vez más, la política sectaria de algunos dierra al traste con tan exitoso proyecto.

En 1966 Manuel Terrón fue designado por el Profesor Gratiniano Nieto, a la sazón Director General de Bellas Artes, Delegado Provincial de Bellas Artes, cargo en el que desempeñó una excelente labor hasta que cedió el testigo a Álvarez Sáenz de Buruaga.

Entre sus reconocimientos, además de lo referido, su nombramiento como Miembro Correspondiente por Badajoz de la Real Academia de la Historia, el Premio del Club de Monteros de Madrid....

Su sólida formación propició importantes contribuciones sobre nuestro pasado; el dominio de las fuentes del mundo clásico y de las del período árabe facilitó sus certeros análisis. Era un auténtico virtuoso en esta materia.

No se puede conocer el período árabe sin tener en cuenta sus obras. En su monografía *El solar de los Aftásidas (aportación temática al estudio del reino de Badajoz. Siglo XI)*, todo un clásico, nos desvelaba la grandeza del aquel reino que sentó sus reales con el mayor prestigio en el contexto peninsular de entonces.

A ella siguieron otros títulos no menos importantes como *Extremadura musulmana*, verdadera y ajustada radiografía de nuestro período árabe, completada por su visión de la *Historia política de la Baja Extremadura* o, en su faceta, ya adelantada, de conocedor de las fuentes del período su *Aproximación a la topografía del Reino Taifa de Badajoz: las fronteras y el territorio*.

Hemos ya referido su pasión por la cinegética y sus artes y ello explica que una buena serie de ediciones salieran de su mano, bien bajo el sello de la Institución Cultural “Pedro de Valencia” o el de otras entidades. Sin querer ser exhaustivos, podríamos referir la *Instrucción de cazadores* (facsimil y notas de la conocida obra de Joseph Varona y Vargas, editada en 1798), *Origen y dignidad de la caza* de Juan Mateos, *El Libro de cetrería* de Luis Zapata, todas ellas con sus anotaciones. Y, sobre todo, una obra de la que se sintió siempre muy satisfecho, el manuscrito de la Biblioteca Nacional: *La montería de Alfonso XI: tipología y técnicas venatorias en el libro III*, plena de lances y situacio-

nes cinegéticas en el marco de una Extremadura que ofrecía una fauna bien completa que sólo permanece en las crónicas de la época.

Con la edición de estas obras, y de las cinco debidas a la experiencia y saber del gran cazador que fue Antonio Covarsí, Terrón rescató para todos nosotros esos tesoros.

Como buen extremeño se sentía satisfecho de nuestra labor en América explicando su grandeza, esa que ahora ciertos personajillos en su ignorancia nos quieren hurtar. No sólo impulsó relaciones con los diversos países en los que la huella extremeña es más poderosa, sino que dedicó su atención a pormenores de esa presencia, entre ellos *Aspectos de la presencia cultural de Extremadura en América* o *Toponimia americana de origen extremeño* como colaborador de la obra que dirigió nuestro compañero Salvador Andrés Ordax.

Y para concluir esta breve y sencilla semblanza no podemos dejar de referir un proyecto que él impulsó y que pudo realizarse gracias a la generosidad de un significado mecenas de empresas culturales extremeñas, Bartolomé Gil Santacruz, a quien nuestra Academia reconoció sus muchos valores, No es otra que la *Historia de la Baja Extremadura*, en dos monumentales volúmenes, editada en Badajoz en 1986, en la que se disecciona de manera amplia nuestra andadura histórica de la mano de reconocidos especialistas.

Manuel Terrón Albarrán fue un gran extremeño, un intelectual bien reconocido por la comunidad científica, que nos enseñó a conocer mejor nuestra tierra y por ello merece nuestra mayor consideración.

Su fallecimiento, aecido el 17 de noviembre de 2019, produjo gran pesar y de ahí las numerosas muestras de sentimiento por esta gran pérdida para nuestra cultura; los homenajes que tanto la Sociedad de Amigos del País con su ciclo de conferencias dedicado a su persona y su obra como la Revista de Estudios Extremeños organizaron son una buena muestra de ello. Consideramos que su nombre debe quedar inscrito en los anales de la ciudad de Badajoz y de la cultura extremeña.

Nuestra Academia se benefició siempre de su impulso, de su impagable buen hacer, tanto en los momentos de su creación y organización como durante todo el período en el que ocupó la plaza de Secretario Perpetuo de la misma.

Descanse en paz nuestro amigo y compañero.

José María Álvarez Martínez

Académico Numerario y Censor de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes.